

Mención
Categoría 20 a 35 años

Araceli Cárdenas Martínez
Fabrizio Guerrero Mc Manus

Como piel de castor

Araceli Cárdenas Martínez

I. El inicio

Quince años. Esa era la edad que tenían mis ojos cuando en la lectura de ya no recuerdo qué libro, resaltó entre los cientos de palabras impresas el nombre de Simone de Beauvoir. La primera pregunta fue: ¿cómo pronunciarlo? La maestra de francés, a quien recuerdo con singular simpatía, poseedora de una belleza que convenía a la de una mamá que aparecía en la televisión junto a su hijo, promocionando una marca de cereal, me mostró: *Simon doe bofuar*. El sonido del nombre me cautivó y se imantó de tal forma en mi ser que proseguí hacia la segunda pregunta: ¿quién es ella? Acudí a la *Enciclopedia Hispánica*, recién adquirida por mis padres, y el oráculo respondió: escritora y filósofa francesa que nació en la misma fecha que mi abuelo paterno. Ese detalle me condujo a las escasas y escuálidas librerías de mi ciudad. ¿Tendrá un libro de esta autora? Decía y mostraba enseguida a la dependienta el nombre escrito en un papel, dado que mi timidez de adolescente, o tal vez era egoísmo, me permitía pronunciarlo sólo para mí, como si ese nombre fuera la fórmula para acceder a un tesoro semejante al de Alí Babá o el de Montecristo: la literatura. Un gesto de extrañeza y asombro por parte de la librera delataban que en la vida había oído hablar de ella. El siguiente paso fue acudir a aquella biblioteca construida y administrada por el sacerdote local más polémico que había conocido hasta entonces: el padre Isauro Pedraza, un hombre de un conservadurismo radical que ostentaba la fama de ser querido por muchos y odiado por otros más. Aquella biblioteca era la mejor surtida y más visitada de la ciudad. Estaba ubicada en el apacible segundo piso de una construcción que acompañaba a una capilla; para entrar había que cruzar un jardín que delataba un cuidado atento y esmerado, y en el que resaltaba la belleza natural de los pastos, árboles y flores que habitaban ese espacio. El recinto era un amplísimo tapizado de libros en sus paredes. Los tabiques de papel eran la fortaleza de varias mesas y sillas instaladas para la consulta continuamente ocupadas por una tropa de

asiduos y curiosos lectores. Me gustaba ir a ese lugar porque se respetaba la presencia de un elemento indisoluble y repetidamente quebrantado en otras bibliotecas: el silencio. Aquí, a pesar de los continuos visitantes, era posible la comunión entre concentración y placidez. Alrededor de la sala había un balcón que albergaba más mesas y sillas. Ese era mi lugar predilecto, porque al descansar de las lecturas contemplaba el jardín y disfrutaba del parloteo musical de los pájaros.

II. Dulzura mortal

Una muerte muy dulce fue el primer libro que llegó a mis manos. Lo leí azorada, en aquella biblioteca experimenté por vez primera la fascinación ante una lectura y salí como embrujada, hipnotizada al captar la dimensión de la obra. Camino a mi casa repasaba los acontecimientos que vivía al instalarme como testigo omnisciente en esa dimensión impresa. Deslumbramiento es la palabra idónea para calificar mi encuentro con Beauvoir. La lectura de *La mujer rota* dejó un largo eco en mis pensamientos, sus escasas setenta páginas provocaron una vuelta de tuerca en mis planteamientos de vida. El sumum concuerda con lo afirmado por Elfriede Jelinek: “el amor hace tiempo que se fue a dormir, nadie puede mantenerse despierto tanto tiempo”. Me sentí cautiva de esa prosa bien estructurada y de fácil digestión, de textura similar a la de piel de castor. Me enteré de una historia que muestra que la vida es una colección de instantes, fugaces episodios, decisiones que a la primera óptica resultan banales, pero que cuando se observan los recuerdos en conglomerado, se aprecia una secuencia y logicidad que a veces asusta. Simone de Beauvoir, al redactar esta novela escrita en forma de diario y en técnica introspectiva, obra de pequeño formato que se lee de cabo a rabo en un solo tirón, obliga a la protagonista a someterse a una rigurosa y necesaria regresión, a evocar y darle un sentido a los recuerdos que uno a uno la van visitando, una autopsia mental que la expone ante sus aciertos y ante sus errores. “¿Esta soy yo? Hoy todo es una neblina, y los recuerdos de hace diez años ya no sé qué tan exactos son” medita Monique, la protagonista, representante y alter ego de Françoise, la madre de la autora. Beauvoir interpreta su obra y escribe: “La mujer rota es la víctima estupefacta de la vida que ella escogió para sí: una dependencia conyugal que la ha dejado despojada de todo”. Así, se van mostrando en forma encadenada la renuncia de una mujer a una carrera profesional, su opción voluntaria por la vida hogareña, el fracaso en la educación de sus hijas, la persistencia en mantener una vida mediocre, el miedo a la soledad, el enfrentamiento a la vejez, el egoísmo

disfrazado de constante servicio, atenciones y procuración de bienestar a su esposo e hijas, el sentido de una vida que ahora ya carece de sentido porque los objetos del afecto se han marchado, la infidelidad y muchas otras cosas más son los problemas que plantea Monique en su diario.

III. Un poco de historia

El 25 de octubre de 1942, Sartre y Beauvoir conocieron a Michel Leiris, autor de un texto denominado “Espejo de la tauromaquia”. Leiris, además de mantener una estrecha amistad con Bataille, influyó decisiva y secretamente en las investigaciones de este acerca del erotismo y la violencia. Por conducto de Bataille, la pareja conoció a Lacan, exacto el año de 1944, en una reunión organizada por Leiris en su departamento. Ahí Sartre, Beauvoir y Camus representaron una obra de teatro escrita por Picasso titulada “El deseo atrapado por la cola”. Dice Roudinesco que “[Beauvoir], en aquella velada observó largamente a Lacan, cuyo espíritu desbordante de ideas y de energía la impresionó”. Debido a la frecuentación de un mismo círculo de amigos sonaría natural un sentimiento de afecto y confianza entre Beauvoir y Lacan, sin embargo, la amistad no cuajó. En esas reuniones donde se concentraba la cumbre del pensamiento occidental de aquella época, los personajes se arrojaban a la bohemia. El ego grandilocuente y exacerbado de Lacan producía efectos intimidantes en Beauvoir quien sólo atinaba a declarar una “vulgaridad ocasional debida al alcohol”. En 1948, Beauvoir estudió con atención y cuidado el texto de Lacan “La familia”. En esa misma época los psicoanalistas estaban particularmente inmersos en un debate que todavía hoy, y con seguridad mañana, será teñido por la controversia: lo referente a la sexualidad femenina. La historia de su vida, la lectura del ahora clásico texto de Lacan, su amistad con los grandes pensadores de la época y el bagaje filosófico que poseía conformaron el manantial que propició el interés de Beauvoir por la escritura de un libro sobre la posición de la mujer en la sociedad occidental. Para esclarecer ideas y desenredar nudos telefoneó a Lacan pidiéndole cuatro entrevistas. Él se negó. A pesar de esto, Beauvoir logró producir un texto titulado *El segundo sexo*. Libro que inaugura la modernidad en la mujer, porque a partir de su lectura, las mujeres voltearon a verse a sí mismas y cuestionaron las normas y valores de la sociedad. Este efecto en masa desembocó en una revolución cultural denominada *feminismo*.

Básicamente, lo que explica *El segundo sexo* es que la cultura occidental ubica al hombre como sujeto, por lo tanto, el papel de objeto se dirige a

su contraparte, la mujer, quien instalada en un rol pasivo se somete a las disposiciones del ejecutor del rol activo, es decir, del hombre. Diferencias radicales separan a los hombres de las mujeres: la naturaleza masculina, de consistencia *trascendente e ilimitada* explica sus búsquedas (laborales y sexuales) fuera del hogar, contraria a la naturaleza femenina o también llamada *inmanente*, sedentaria, que la insta a proteger a su familia. Este es el argumento princeps del libro, donde Beauvoir se convierte en pionera y modelo paradigmático del feminismo, a pesar de su resistencia a proclamarse como tal. Beauvoir arguye que la mujer debe apoderarse de su propia vida y lograr que su identidad no sea una extensión de la del hombre. La lectura de *El segundo sexo* nos insta a demoler el argumento milenarista y falocrático de que Eva, la mujer-madre, proviene de la costilla de Adán; Beauvoir solicita rechazar la herencia de sufrimiento y dolor que adquirimos por ser hijas de la primera mujer. Pienso en el libro del Génesis y la condena ancestral: “Multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos. Con dolor darás a luz a tus hijos, necesitarás de tu marido, y él te dominará”. Preferible invocar la furiosa poética de Sylvia Plath: “No hay milagro más cruel que este... ¿qué dolores, qué tristezas futuras estaré pariendo?”. En suma, quien reprime a la mujer no es el hombre sino ella misma, al conferir la responsabilidad de su vida a otra persona. Beauvoir nos enseña que somos exactamente tan libres y tan independientes como decidamos ser.

IV. Beauvoir y el psicoanálisis

Beauvoir, hija predilecta de Virginia Woolf, concretó en acciones lo que en muchas se estaciona como deseo: tenencia de un cuarto propio, es decir, autonomía monetaria, conquista de espacio para el ejercicio de la inteligencia y la crítica, libre elección en la creación de una misma. Beauvoir se “hizo mujer” por medio del lenguaje. Las preguntas sobre la sexualidad que las histéricas de Freud de principios del siglo XX manifestaron con sus cuerpos son las mismas que todas las mujeres nos hacemos. Beauvoir recapituló estos cuestionamientos y convirtió su obra literaria en una escritura autobiográfica modelo para las generaciones precedentes.

Freud admitió el intrincado laberinto al que se enfrenta cualquiera que problematiza la sexualidad femenina. Imagino un tono desesperado cuando pregunta a su discípula Marie Bonaparte: “¿Qué quiere una mujer?”. Nietzsche, tocado por la misma cuestión, afirma que “todo en la mujer es un enigma”. El movimiento feminista, en su búsqueda de la esencia de lo femenino y para obtener la respuesta al enigma, en lugar de instaurar una diferencia,

de imponer un juego dialéctico y asumirse como elemento de alteridad ante el falo, giró hacia una dirección igualitaria ante él. Efecto de este viraje, hoy, veinticinco años después, se está manifestando en la peligrosa anulación del imaginario masculino (tan necesario para la estabilidad emocional de todo ser humano) que conduce sin remedio hacia una sociedad de psicóticos. Por desgracia, las feministas de la década del setenta no atendieron la anticipada sugerencia de Freud (1937, *Análisis terminable e interminable*) de que la mujer no debía renunciar a lo femenino mimetizando lo masculino, como la ambición de poder, y que el hombre tendría que acoger, junto a su fuerza, la ternura, dulzura, sensibilidad y delicadeza de lo femenino.

Lacan, por su parte, en sus elaboraciones acerca del tema, resuelve que el goce femenino no se circunscribe a la necesidad de penetrar, tener, poseer. El goce de la mujer transita sin necesidad de que estos verbos rodeen su vida; el goce femenino es exceso, turbación, oscilación... ¿qué es, en breve, el orgasmo? Dejarse ir totalmente y al mismo tiempo dejarse venir toda. El goce femenino es el vértigo mismo. De ahí se explica la fascinación de Hitchcock por el enigma femenino, que lo conduce a ampliar la pregunta y formularla así: ¿qué es una mujer... para los hombres? En su película *Vértigo*, Madeleine, la protagonista, es el vértigo ambulante, la vacuidad interminable, lo recóndito, intangible e inalcanzable, lo indeterminado, desafiante y provocativo, la gran pregunta sin respuesta. Madeleine es La Mujer. Otra vez ¿qué es la mujer? Freud responde con poesía: el continente oscuro.

V. Ética en Beauvoir

Dice Roland Barthes en *El grado cero de la escritura* que “la elección, y luego la responsabilidad de una escritura, designan una Libertad”. El caso Beauvoir ejemplifica con creces este planteamiento. Su elección de estilo de vida (soltera, sin hijos, eterna novia de Sartre), su compromiso inquebrantable con la filosofía y la literatura la encaminó a dedicar gran parte de su vida a narrar su historia y la de sus contemporáneos. Acompañada del lenguaje vislumbró la Libertad (así con mayúscula como la escribe Barthes). También leemos: “Sin duda puedo hoy elegirme tal o cual escritura, y con ese gesto afirmar mi libertad”. Su vida fue una constante opción por la libertad. Como en todo escritor, vida y obra en Beauvoir son casi una misma cosa o se influyen recíprocamente, la autora es también el personaje. Eloy Urroz afirma que “Una escritura implica una responsabilidad y esta responsabilidad implica también una moral”. La ética en Beauvoir es de corte existencialista (no podía ser de otro tipo) y se formula en esta frase: “Vivir

es la voluntad de vivir". Del psicoanálisis aprendemos que la mujer, al sostenerse como tal, despliega una vía para fabricar un discurso a partir de su diferencia; propone una dimensión ética basada en el cumplimiento del deseo y plantea convertir el devenir histórico en un arte singular ante la vida y la muerte. Beauvoir, por su parte, nos demuestra que "al hacernos mujeres" una gama de posibilidades y alternativas nos esperan para que recibamos todo de la vida ●